

de los efímeros tiempos de la autonomía universitaria, la mayoría de las Universidades españolas han podido proponer al Gobierno oficialmente sus rectores. Dos de las más afamadas escuelas de España, las Universidades de Salamanca y Sevilla, han elegido para regirlas a nuestros compañeros José María Ramos y Ramón Carande. El triunfo de nuestros colegas, que figuran aún entre el profesorado joven y no político de España, orgullece al ANUARIO. No los prestigios de la ancianidad, ni los grados conseguidos en la carrera política, sino sus talentos y dotes personales, sus méritos científicos y su noble actitud en la defensa de la Universidad —fue unánime la de todos nosotros en el pasado conflicto contra la Dictadura—, han alcanzado a los amigos Carande y Ramos la plena confianza de sus colegas, y les han llevado al gobierno de dos viejas y gloriosas Universidades. De su paso por los Rectorados de ellas —que deseamos sea largo— esperamos grandes frutos para la vida de los centros que rigen. Pocos profesores han llegado tan jóvenes por el voto de sus claustros y el aplauso de la masa escolar a las rectorías de las Universidades españolas; estamos seguros de que pocos también las habrán abandonado y las abandonarán después de una labor de resultados tan beneficiosos y tan llenos de fama como nuestros colegas. El ANUARIO abraza fraternalmente por mi conducto a los dos camaradas, y felicita a las dos Universidades de Sevilla y Salamanca por haberles elegido y al Gobierno, particularmente al ministro de Instrucción pública, Tormo, a los directores generales, Morente y Gómez Moreno —todos tres compañeros—, por el nombramiento de nuestros amigos.

CLAUDIO SÁNCHEZ-ALBORNOZ.



La muerte de Canseco.

Al cerrar la edición de este número una triste noticia viene a enturbiar el júbilo del ANUARIO por el triunfo de nuestros colegas Ramos y Carande. ¡Canseco ha muerto! Nuestro Director, que ha sido también nuestro maestro, nos abandona. Nada hacía temer su fin. Una rápida enfermedad le ha arrebatado de entre nosotros. Con profundo dolor le vemos partir de nuestro lado. En el camino de mañana nos faltarán en adelante las luces de su privilegiada inteligencia. Más o menos directamente, todos habíamos aprendido de él. Sobre todos nosotros había ejercido su maestrazgo. Ese maestrazgo especial de Canseco, que rebasaba las fronteras de la Universidad para prolongarse en la charla perpetua que alumbraban las sales de su ingenio. Maestrazgo permanente, como ejercido en las alegres calles madrileñas desde la tarde hasta la aurora; en sus caminatas por los verdes exidos de León o por los picos y los escobios asturianos; en las aulas y en los lugares de recreo:

ante un viejo pergamino en un archivo o ante un aperitivo en la terraza de un café. Pocas figuras tan llenas de vida y de interés, tan múltiples en sus actividades, tan originales y sugestivas como Canseco han pasado por las viejas Universidades europeas. Lector infatigable, de pensamiento sutilísimo, adivino de la historia y de la filosofía jurídica, su incorregible agrafía ha privado a la ciencia española de páginas gloriosas. Su afecto paternal por todos nosotros ganó a su desidia escrituraria una de las pocas batallas que perdió aquélla a través de las largas jornadas de la dilatada vida de Canseco. Pero sus enseñanzas, que alcanzaban a cuantos le trataban, le colocaron entre las primeras personalidades de la Universidad hispana. El ANUARIO siente filialmente su muerte, y no se resigna a perderle. En el volumen próximo procurará perpetuarle entre nosotros, estudiándole en su doble condición de historiador y de filósofo.

CLAUDIO SÁNCHEZ-ALBORNOZ.

